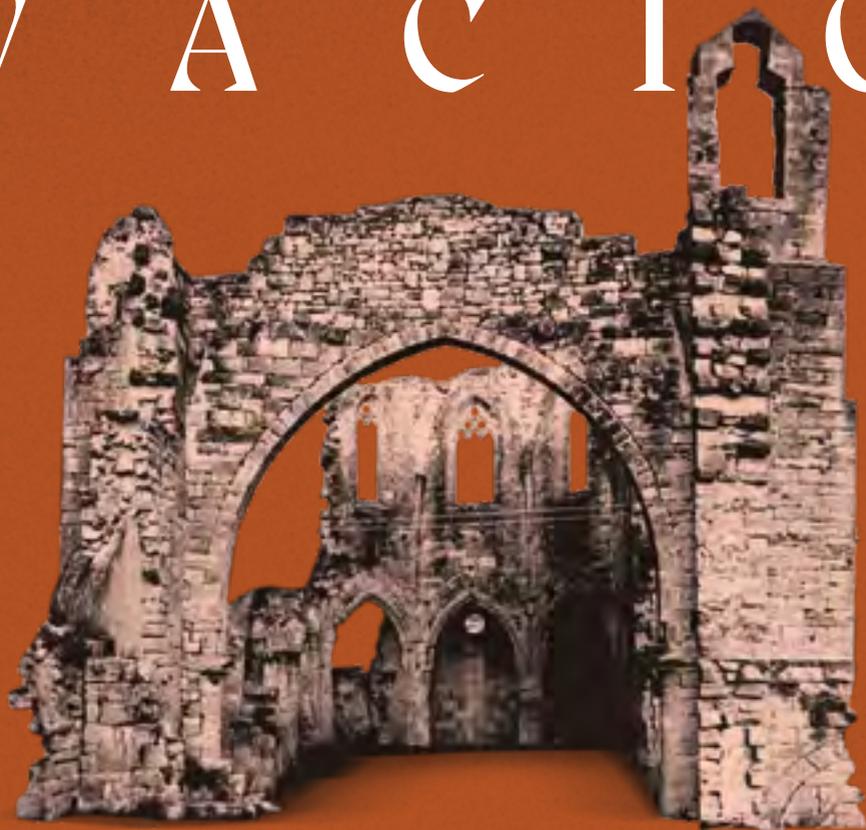


# EL TEMPLO VACÍO



IBN ARABI (ABENARABI DE MURCIA), CALDERÓN DE LA BARCA,  
RAMON LLULL, MAESTRO ECKHART, MIGUEL DE MOLINOS,  
SAN JUAN DE LA CRUZ, SANTA TERESA DE JESÚS, ANGELUS SILESIVS,  
JACINT VERDAGUER

# CNTC

2 3 — 2 4

**COMPañÍA NACIONAL DE TEATRO CLÁSICO**

# FICHA ARTÍSTICA

## REPARTO

---

Lluís Homar

## CUARTETO VOCAL

---

Manon Chauvin  
Lluís Frigola  
Simón Millán  
Clara Serrano

## EQUIPO ARTÍSTICO

---

Brenda Escobedo y Lluís Homar  
Brenda Escobedo  
Pedro Yagüe  
Xavier Albertí  
Vicente Fuentes  
Yolanda de la Hoz

Dirección  
Dramaturgia  
Iluminación  
Dirección musical  
Asesor de palabra  
Ayudante de dirección

Música coral de J. S. Bach

## PRODUCCIÓN

---

**COMPañÍA NACIONAL DE TEATRO CLÁSICO**

## DURACIÓN

---

65 min aprox.

## ENCUENTRO CON EL PÚBLICO

---

Miércoles 13 de marzo de 2024

## AGRADECIMIENTOS

---

Ramón Andrés  
Lluís Guarner (traductor del poema *Sum vermis* de Jacint Verdaguer)

# UNA IDEA DE LO TRASCENDENTE

---

Vivimos unos tiempos en los que parece que se ha asumido definitivamente el materialismo o el consumismo como centro de nuestras vidas. Pero solo lo parece.

Disponemos de numerosas pruebas que nos remiten con insistencia a nuestra necesidad de conocer en profundidad el alma humana, aquello que de trascendente persiste en nuestro periplo vital. Necesitamos que la cultura, el arte, el amor o quizá una idea de lo trascendente eleven esa peripecia que es nuestra vida.

Dentro del inmenso patrimonio literario que atesoramos, tenemos muchos preciados elementos que nos pueden ayudar a sensibilizar esas inquietudes.

La literatura mística española se construye con la digestión de otras tradiciones místicas presentes en nuestro país, especialmente la judía y la musulmana.

A esa suma de tradiciones hay que incorporar toda la tradición teológica que la cultura europea suscita en el proceso de aceptación de su raíz cultural judeocristiana.

---

## Quien canta reza dos veces.

---

Cuentan que Johann Sebastian Bach tenía enmarcado un bordado en el que se podía leer «quien canta reza dos veces». Por ello hemos acudido a su música coral. Ella aporta al espectáculo un espacio de reflexión que trasciende a la palabra.

En suma, una propuesta llena de abismos, esperanzas, anhelos, sensibilidades o heridas que podremos encontrar en nuestro *Templo vacío*.

Lluís Homar

---

La literatura mística española se construye con la digestión de otras tradiciones místicas presentes en nuestro país, especialmente la judía y la musulmana.

---

# EQUIPO



Xavier  
Alberti



Clara  
Serrano



Brenda  
Escobedos



Lluís  
Homar



Lluís  
Frigola



Vicente  
Fuentes



Yolanda  
de la Hoz



Pedro  
Yagüe



Simón  
Millán



Manon  
Chauvin

# EL CORAZÓN ACOGE CUALQUIER FORMA

---

*El templo vacío* es un espectáculo que muestra la diversidad de voces y la riqueza poética del fenómeno místico a través de los siglos en la Península. No quisimos inventar una historia que sirviera de pretexto para unificar a los autores. Sencillamente, elaboramos un texto que pudiera contar un tema medular de la mística a través de algunos de sus grandes exponentes.

*El templo vacío* gira en torno al vaciado del ego para ser receptores y donantes de amor. Con *templo vacío* nos referimos al alma, limpia y desocupada de miedos y vanidades, y también al teatro, que es, en su pureza, espacio y palabra. Todo el concepto artístico de este espectáculo se vincula al camino espiritual, a la experiencia profesional y a la sensibilidad personal de Lluís Homar. Sin más artefactos, conoceremos el misticismo a través de su voz, llegando, a través de los místicos, a conocerlo a él.

---

## El viaje hacia el interior no tiene ni estatuto ni medida.

---

Los textos de los poetas que hemos elegido giran en torno a esa verdad universal que es el cultivo del amor en el alma, la armonía con uno mismo y la unión con el todo. Cada uno de ellos,

sin embargo, desvela una expresión artística y en su personal camino espiritual encontramos que el viaje hacia el interior no tiene ni estatuto ni medida. De ahí que las vidas de san Juan, de santa Teresa, de Miguel de Molinos, de Ramon Llull y de Jacint Verdaguer estén fatalmente marcadas por la Inquisición, que consideraba un problema que se convirtieran en ejemplo para sus semejantes. Libres y disidentes, pero también sujetos a sus principios y respetuosos de una elevada espiritualidad, en sus textos nos revelan que el amor trascendental empieza y acaba con el conocimiento de uno mismo. Con su vida y con su arte se amplía nuestro ámbito espiritual y se reinventa nuestra lengua.

La mística es un fenómeno poético y filosófico universal. El camino espiritual no es exclusivo de una religión ni de un tiempo; *el corazón acoge cualquier forma*, como dice Ibn Arabí de Murcia. Nuestro propósito es dar a conocer este legado intemporal para saber que nuestros poetas místicos nos facilitan el camino para conocernos a nosotros mismos. Confiamos en que con *El templo vacío* se limpie la mente, se transparente el espacio y, con la iluminación de la poesía, se eleve nuestro espíritu.

Brenda Escobedo

---

# UN DESTIERRO QUE NO DESTIERRA

Lo que vamos a escuchar ahora, en *El templo vacío*, es el fruto de esas horas silenciosas, retiradas, de escritura mediadora, de palabras que nos enlazan a unas lejanías que desembocan en el ahora, que viajan a lo que se antoja inexplicable.

---

Ahora, en este camino emprendido en silencio, podríamos viajar junto a Ibn Arabí, acompasar nuestros pasos a los del Maestro Eckhart, ir en compañía de Juan de la Cruz, sin mediar palabra y comprender, sin embargo, que todo lo visible guarda una parte invisible, entender que el mundo está hecho de ocultamientos y de premoniciones. Lo aprendido no es siempre una deuda contraída con lo que llega a nuestro oído; a veces, sencillamente, responde a este no decir, a este no hablar que, a su manera, nombra y describe. Aquella *docta ignorancia* de la que trató en el siglo xv Nicolás de Cusa, la *nube del no saber*, que, aun con sus espesos nimbos, alumbró los cielos en los lejanos días de aquel siglo, la llama de amor que flamea como una pequeña herida en la oscuridad de un mundo olvidado, el sin porqué de la rosa de Angelus Silesius, son también una forma de pronunciar las cosas sin reducir las a lenguaje.

No porque sí, una raíz indoeuropea, *mu*, designa el sonido que hacemos con los labios cerrados. En sánscrito, *múka* significa 'mudo'. Este cerrar, el voluntario dejar la voz en clausura, se halla en el griego *mýstes*, que señala al iniciado que guarda el secreto de cuanto ha visto y oído. En razón de ello, el místico, el *mystikós*, es el decidido a no revelar el misterio. En ocasiones, un gesto, un signo ritual, puede explicar toda una espiritualidad, como sucede con el *katadikazon dáktulos* de los hesicastas del Monte Athos. Estos monjes acercan los dedos índice y medio a la boca para pedir el silencio, para rogar que todo calle. He aquí lo que significa *hesiquiasmo*: 'permanecer inmóvil' (*hēsychazō*).

A la salida de los misterios de Eleusis, que se celebraban a comienzos del otoño; al finalizar la escucha de los designios del

oráculo de Dodona; al regresar de la cueva pitagórica a la luz del día; a la conclusión de los ritos órficos, lo único que podía oírse era el resonar de los pasos de quienes habían participado en la revelación de aquello que resulta inenunciable. Los eleusinos llevaban antorchas para vencer las tinieblas de la noche. El fuego, los misterios, daban paso a una elevación que instaba a contemplar y vivir silenciado.

Lo oculto está ligado, incluso por una cuestión etimológica, a la mística, a lo que es un fruto de la intuición, a lo que se vislumbra como secreto y cerrado. Lo que no resulta evidente, lo que no permite ser explicado porque el lenguaje no alcanza, se expresa en una suerte de revelación interior que a menudo se manifiesta como presentimiento. Este sentir algo antes de que suceda, lo *pre-sentido*, es ya una manera de iniciación, un haber captado, un estar atento a un hecho que la razón no acierta a explicar del todo. Hay algo que no ha sucedido y, sin embargo, ha ocurrido en algún lugar de la mente.

No debe pasar inadvertido que en los antiguos escritos de espiritualidad, pero de manera principal en los libros de mística, se cumple siempre el necesario regreso a un saber primordial, originario, que aboga, sobre todo, por la aceptación de una desnudez desde la que acceder a algo que se desconoce, pero que se intuye como esencia. El *Wen-Tzu* taoísta, escrito hace más de dos mil años, apremia a despojarse del conocimiento para, al fin, conocer. Olvidar para comprender. Es un requerimiento que lleva a desprenderse de lo que se cree aprendido, el aviso que conmina a un regreso al estado de quietud y silencio original, desmentido siempre por el rumor mundano. La pregunta de «¿Sabes adónde vas cuando vas a algún lado?» no es posible

responderla si no se vive en desnudez. Esta reflexión del *Wen-tzu*, más tarde, aunque con palabras distintas, aparece en el neoplatónico Plotino. El fondo último de esta cuestión es la llamada al olvido de lo que somos, al desapego de toda cosa, pero, sobre todo, al desapego de sí. Se trata del despojamiento o el *as-salb* de Algazel; no es otro propósito que el *rebajarse* de Ibn 'Ata' Allā de Alejandría, tal como lo expresa en *Sobre el abandono de sí mismo*, persuadido como estaba de que el sosiego, la quietud, pasa por la asunción de un radical alejamiento del ego. Y el ego, lo sabemos, es una simplificación del deseo.

Por más que las tradiciones sean diferentes y pertenezcan a épocas dispares, existe una permanencia, una inmutabilidad que pone en entredicho la inconstancia de nuestro devenir. El desapego del que se habla aquí no es distinto del que Buda sugiere en *El sūtra del loto*, donde se dice que solo es posible estar en sí mismo con el convencimiento de saberse nada. ¿A qué apegarse, pues? A nada. No desear, no retener «ni querer alguno»; «saber de no saber nada», es la tarea, según escribe Margarita Porete en *El espejo de las almas simples*, que data de finales del siglo XIII.

Son estas las condiciones para entender qué significa *desasirse de toda cosa criada*, por decirlo con el autor del *Cántico espiritual*. Saber que no se es propietario de cuanto se tiene Plotino: «¿Tienes algo que no te haya sido dado?» y entenderlo hoy, en una época en la que todo, ciertamente, se fundamenta en la identidad y en la afirmación de lo personal. El culto a la identidad esconde un miedo cerval a la desaparición, a la caída en el anonimato de la muerte, a la irreversibilidad del nunca.

Resulta, en apariencia, una paradoja que la unidad sea refractaria a la identidad.

Una unidad sin identidad. Pero «lo uno», el uno, bien entendido, no responde a la definición de una consciencia encerrada en sí misma, persuadida de ocupar un lugar exacto, un punto delimitado, a la manera de Pascal. No sabe que, habiéndose fijado en un espacio definido, cerrado, es convertido en tiempo, en ese fragmento de la muerte que no deja de contar minuciosamente cada segundo el paso de nuestro nombre. Carecer de ese nombre, haberlo olvidado por estar fuera del tiempo, abogar por el *desconocimiento* y la no necesidad de posesión, es lo que permite discernir el significado del total abandono mencionado por el Maestro Eckhart, ese salir de sí, no al exterior, sino al interior, donde es posible desmentir todo atributo y toda propiedad. De este modo, cabe aceptar un destierro que no destierra, antes bien este exilio es transformado en contemplación, en un no actuar. Es el *wu-wei* que encontramos en el taoísmo: no consiste tanto en no hacer como en obrar sin designio, liberado de toda apetencia.

La llama en la *Noche oscura* es, en cierto sentido, la imagen de este desasimiento y el *anihilarse* de la voluntad, el acuerdo tácito de no precisar ya de la pregunta, de tampoco requerir una respuesta ni afirmación que consolide, que afirme. Encauzarse al origen, caminar hacia lo previo, a lo anterior, a lo no edificado aún, implica el radical desapego de cuanto hemos acumulado sin saber bien por qué lo hemos hecho.

Un pensador como Juan Escoto Erígena, que vivió en el siglo IX, y que no puede ser inscrito en la tradición mística, definió, sin embargo, de manera incomparable el amor: para él, no es otra cosa que «el cese del movimiento». Lo escribe en el panteísta *Sobre la división de la naturaleza o Periphyseon*. El amor no es el continuo

ir en pos, no es ese salvar la distancia que nos separa de aquello que se desea alcanzar, no es la cima que requiere ser coronada. No, se trata de haber comprendido que la quietud, que lo inmóvil y silencioso, es lo pleno, lo *ya* logrado, lo culminado. El «ir hacia», la acción, quizá, y por decirlo así, es una negación del amor en su sentido más profundo. Una vez más, «permanecer inmóvil».

Un conocido filósofo ha afirmado en nuestros días que la mística o, en su defecto, «la creencia en otro mundo», en un más allá, no es más que un «parásito» de este, del mundo que habitamos. Sin embargo, no puede resumirse en una cuestión tan sencilla, ni siquiera es un asunto que concierne a lo que podría llamarse un sentimiento metafísico, tampoco religioso. Es algo más instintivo, más primario, si se quiere más biológico, más llano, pues, en realidad, la necesidad de un desapego señala el reconocimiento de ese *presentir* del que hablamos al principio, del percibir una luz repentina, del intuir, en efecto, que *lo visible guarda una parte invisible*, un súbito sentir lo intemporal, un brusco estar fuera, no lejos de esa «mística salvaje» sobre la que ha escrito Michel Hulin.

Hay algo más elemental en todo esto, fácil de simplificar: estriba en admitir que no lo conocemos todo, que no lo sabemos todo. Aceptar que ignoramos. Nadie puede decir, afirmar: «¡Esto es así!» La *docta ignorancia*, de nuevo, porque no debe pasar inadvertido que, por el hecho de ser mortales, presentimos. No negarse a reconocer este presentir tal vez sea el cometido, quizá consista en eso la liberación, en un ir sin propósito, en salvaguardarse en el no saber, en no temer el regreso con las manos vacías, en negarse a pensar, cosa crucial, que todo guarda una finalidad. La

justificación continua de una «finalidad» es una de las condenas de nuestra civilización occidental.

En la reciente filosofía de Occidente, el término *deconstrucción*, al menos en uno de sus significados, expresa la perentoriedad de un detenerse, de un desmentir y deshacer, de un dismantelar un pensador ha recurrido incluso a la palabra *Destruktion*, para, de nuevo, retomar lo andado sin otra vez caer en la afirmación de un único modo, de una sola verdad, porque ésta es ilusoria. Tal reflexión, llevada a cabo hace unos decenios por Jacques Derrida, obedece a la necesidad de desenredar los hilos de una trama determinista que ha hecho que el sentido originario del ser, pero también de las cosas, haya sido subvertido, alterado.

Derrida propugnaba una nueva gramática, alentaba la conciencia de una *re-escritura*. Pero si hablamos de escritura, es lícito preguntarse aquí si no resulta una contradicción natural, una flagrante paradoja, fijar por escrito la experiencia mística. Aun así, no puede negarse aquello de Agustín cuando señala que siempre deseamos recibir unas palabras «escritas a mano y en silencio» que provengan de un tiempo y un lugar que ya no están en nuestra memoria. Los hemos perdido. Sin duda esto supone una quiebra, pues cabe tener presente que somos tanto del pasado como del ahora, y que la escritura es, por encima de todo, engarce. Los libros testifican la existencia de una constante, de una permanencia oculta al entendimiento, de un *continuum* y una invariabilidad cuyo flujo no atendemos, pero que existe. El *Wen-Tzu* viene a confirmarlo, aunque de manera poética, cuando dice que las formas no se funden en el reflejo del agua. No se deshacen porque hay una

perennidad originaria, algo que es inquebrantable, que *está* por siempre dibujado.

Lo que vamos a escuchar ahora, en *El templo vacío*, es el fruto de esas horas silenciosas, retiradas, de escritura mediadora, de palabras que nos enlazan a unas lejanías que desembocan en el ahora, que viajan a lo que se antoja inexplicable y hacen buena la sentencia de Ibn Arábí cuando señala que no hay una distinción «entre el emisor del mensaje, el mensaje y su destinatario». Porque un libro es una alianza de tiempos, una unión del ayer y el hoy. El primer libro fue el recuerdo de un cielo que necesitó ser fijado en un papiro o sobre una pieza de arcilla. El primer libro fue un murmullo sobre la mesa, un campo de labor, un roturar, un querer decir, un alzarse en testigo de los ojos y la mano que lo escribe, un querer contar, que recibimos en este templo que *está* vacío.

¿Vacío? El Maestro Eckhart aconseja «mantenerte tan vacío de todo como vacía es la nada». El vacío, del que se habla comúnmente, no existe, refutado ya desde la filosofía, desde la física. Algunos de los antiguos filósofos griegos creyeron que el vacío, eso que conocían como *tò kenón*, permitía explicar el movimiento en un espacio indefinido. Los atomistas lo aceptaron como necesario, pues ¿cómo iban a moverse, si no, los átomos? Así lo pensaban. Cuando la posibilidad de su existencia comenzó a impugnarse, una parte de la escolástica reforzó esta negación al sancionar que ni siquiera la mano divina podía crear el vacío... En *El templo vacío* del Maestro Eckhart se proclama que en el interior de su edificio no hay nada, porque Dios es nada y, además, «se halla vacío de todas sus obras». Se ha expulsado de ese templo la ignorancia y, una vez fuera, ese interior se transforma en luz. En el templo,

sin embargo, no hay nada que no sea Él. *Pero Él es nada*. «Todo lo que es creado, eso es la nada», escribirá en el Sermón V. Para aproximarse al conocimiento de Dios hay que entenderlo, pues, vacío de todo, vacío también en sus obras.

No hablamos del vacío o *sūnyatā* del hinduismo, tampoco del que se menciona en el *Tao te Ching*, que sabe que lo importante de la vasija es su vacío; que lo primordial de los radios que convergen en el cubo de una rueda es, precisamente, el vacío que existe entre ellos. En el pensamiento zen, el vacío es *dejar algo por decir*. Eso es lo que el iniciado, el *mýstes*, callaba al salir de Eleusis, lo guardaba en la reclusión de su voz: un *dejar algo por decir*. El vacío no existe y, a la vez, existe, porque el vacío, en realidad, es una decisión. Depende de cada uno. Y esa decisión, si acudimos a Juan de la Cruz, significa desasimiento, renuncia de sí, desnudez, disposición a no ser nada, o mejor aún, a no ser.

Después de todo, no se trata de *crear*, tampoco de tener *fe*. Es algo más humilde. Miguel de Molinos, en la *Guía espiritual*, instaba al alma a anegarse en *una fe oscura*, a apartarse de lo que consideraba la «imperfecta» reflexión. Un aquietarse sin preguntar, un reconocer el desconocimiento que nos es propio. La creencia, la fe, llegados a este punto, son circunstanciales. Y más si se acepta la existencia de diferentes estados, de distintos grados de consciencia que viven en cada uno de nosotros. Lo señalaba Pierre Hadot: no somos, ciertamente, «puro éxtasis ni pura razón ni pura animalidad», sino una multiplicidad de dimensiones. No es posible reunir las en un solo haz. Es preciso saber que la individualidad que nos oprime es una discordia, porque busca ser explicada.

Ramón Andrés

# COMPañIA NACIONAL DE TEATRO CLÁSICO

<b>Director</b>	Lluís Homar
<b>Dramaturgo</b>	Xavier Albertí
<b>Directora adjunta</b>	Lola Davó
<b>Gerente</b>	Manuel Martín Pascual
<b>Directora de producción</b>	Gisela Serrano
<b>Director técnico</b>	Carlos Carrasco
<b>Coordinador artístico</b>	Fran Guinot
<b>Directora de publicaciones</b>	Ana Llorente
<b>Coordinador de comunicación</b>	Javier Díez Ena
<b>Comunicación</b>	Aurora Cortés, Elisa Hernández
<b>Gerencia</b>	Mercedes Domínguez, Víctor M. Sastre, Carmen González, Óscar García
<b>Adjuntos dir. técnica</b>	Ricardo Virgós, José Luis Martín, Víctor Navarro, Francisco José Mayorga
<b>Adjunta a producción</b>	María Torrente
<b>Secretario de dirección</b>	Juan Antonio Somoza
<b>Taquilla y grupos</b>	Marta Somolinos
<b>Oficina técnica</b>	Susana Abad, Pablo Villalba
<b>Ayudantes de producción</b>	Esther Frias, Belén Pezuela, Carlos Sierra, Santiago Veiga
<b>Publicaciones</b>	Maribel Ortega
<b>Distribución</b>	Ángeles Ballesteros
<b>Maquinaria</b>	Juan Francisco Guerrero, Brígido Cerro, Francisco Manuel Pozón, José María García, Imanol Barrencua, Francisco Javier Juaranz, Alfonso Jiménez
<b>Iluminación</b>	César García, Jorge Juan Hernanz, Santiago Antón, José Vidal Plaza, Isabel Pérez, Pilar García-Ripoll Mata, Juan José Blázquez, Inmaculada García, Ignacio Gil
<b>Audiovisuales</b>	José Ramón Pérez, Ignacio Santamaría, Alberto Cano, Ignacio Cobos, Iván Gutiérrez
<b>Utilería</b>	Pepe Romero, Emilio Sánchez, Arantza Fernández, Pedro Acosta, Julio Pastor, Paloma Moraleda, María Pompas
<b>Sastrería</b>	Rosa María Sánchez, María José Peña, Lola Arias, Rosa Rubio, Silvia Santiago
<b>Peluquería</b>	Carlos Somolinos, Ana María Hernando, Sara Quijada
<b>Maquillaje</b>	Carmen Martín, Noelia Cortés, Sofía López
<b>Regiduría</b>	Rosa Postigo, Juan Manuel García, Gema Collado Víctor Hernández
<b>Taquillas</b>	Carmen Cajigal, Pedro Páez, Javier Santos, Ana Palomo
<b>Mantenimiento</b>	David Martínez
<b>Ordenanza</b>	Juan Alberto Puigserver
<b>Creatividad y diseño</b>	Watson
<b>Diseño gráfico</b>	Erica M. Santos
<b>Edición de mesa y corrección</b>	Juan Miguel de Pablos
<b>Fotografía</b>	Sergio Parra
<b>Vídeo</b>	La Dalia Negra
<b>Impresión</b>	Advantía

# CNTC

2

3

—

2

4



## TEATRO DE LA COMEDIA



C. del Príncipe, 14, 28012 Madrid  
[teatroclasico.mcu.es](http://teatroclasico.mcu.es)

Producción



 <p>GOBIERNO DE ESPAÑA</p>	<p>MINISTERIO DE CULTURA</p>	<p><b>inaem</b> INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA</p>	<p><b>BONO CULTURAL</b></p>
--	------------------------------	--	-----------------------------